

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 50

Kropotkin

Cumple los setenta años Pedro Kropotkin, el príncipe revolucionario, y le saludan con un mensaje los intelectuales de Inglaterra, su refugio y patria de su hija, la actriz Sacha. Firmán el mensaje políticos y escritores de la izquierda, liberales, radicales o socialistas, los más afamados del país.

Ninguno de los firmantes comparte las ideas de Kropotkin. Va el príncipe quejándose en las *Memorias de un revolucionario* de la imposibilidad de hacer prosélitos en Inglaterra para las ideas anarquistas. Kropotkin lo atribuye a la falta de imaginación de los ingleses, imanes: de los trescientos grandes líricos de la antología de Oxford! A pesar de todo, los intelectuales ingleses saludan en Kropotkin un noble carácter, un gran geógrafo que fijó la orografía de Siberia, el corrector de la teoría darwiniana de la evolución, al campeón de los oprimidos en todos los países y «al hombre que les ha enseñado a confiar en el principio voluntario, por contraposición al principio regulativo y gubernamental».

Esta última frase no la debieran escribir los socialistas, especialmente Bernard Shaw. Shaw ha proclamado repetidamente el imperio de las leyes, frente a los anarquistas, fundándolo: 1º, en la necesidad moral de corregir la concurrencia y la desigualdad naturales entre los hombres, por las que unos someten a los otros a su arbitrio; 2º, en la conveniencia de regular el tráfico, pues sería imposible realizar el acto elemental de atravesar una calle céntrica en una gran ciudad, si no

hubiera leyes que obligaran a los vehículos a guardar la derecha o la izquierda; y 3º, en que es muy pequeño el número de hombres que pueden meditar su línea de conducta y aun más pequeño el de los que disponen del tiempo necesario.

La idea central de Bernard Shaw pudiera expresarse diciendo que el mundo no tiene razón, que es preciso racionalizarlo y que, como sólo unos pocos hombres son capaces de racionalizarlo, hay que investirlos con los poderes del Estado para que puedan realizar su empresa de infundir un poco de conciencia en este mundo sin sentido.

Esta no es la idea de Kropotkin. El príncipe es tan moralista como Bernard Shaw. Su anarquismo no es individualismo puro. Kropotkin no diría como Max Stirner, en *El único y su propiedad*: «No hay nada sobre mí»; «hablo de mí, de mi yo pasajero»; «yo soy toda mi especie; no tengo norma, ni ley, ni modelo»; «mi humildad y todo lo que yo hago, son humanos porque yo los hago, no porque se ajusten al concepto de la humanidad».

Pero Kropotkin es más naturalista que individualista. El individuo, el hombre, es para él bueno porque es natural. El dogma en que se basa todo el sistema comunista de Kropotkin es el de la bondad natural, el de la moralidad natural, el de una moral que no se funda en la religión, ni en la ciencia, sino en el instinto. «Una moralidad hecha instinto es la verdadera moralidad, la única que dura

mientras pasan las religiones y los sistemas de filosofía».

—¿Por qué es usted bueno?—preguntó una tarde el cronista a Kropotkin.

—Porque como soy un animal me es natural la simpatía—contestó el príncipe.

Kropotkin ha escrito un libro, *Ayuda mútua*, en que ha demostrado, corrigiendo a los darwinistas, que el factor más valioso de la evolución y progreso de los animales y de los hombres no es la lucha por la existencia y la supervivencia de los más aptos, sino su ayuda y auxilio mútuos. Aunque Kropotkin no llega a decirlo expresamente, de su credo podría inferirse que para él lo bueno es siempre el pueblo, mientras son los intelectuales los que le engañan estableciendo el mal en forma de leyes, autoridad y propiedad individual. Tal es la tesis que sostiene en su historia de *La Revolución francesa*. Los campesinos hicieron lo que allí se hizo de bueno: derrocar el antiguo régimen; los intelectuales, en cambio, entronizaron a la burguesía.

Casi podría formularse *grosso modo* la antítesis de Bernard Shaw y Kropotkin, que es la del anarquismo y el socialismo, diciendo que para Shaw la Naturaleza es guerra y maldad y la razón armonía y bondad; mientras Kropotkin dice que lo bueno es lo natural y lo malo lo artificial.

Lo probable es que los dos tengan razón y que la verdad se halle en la suma de sus juicios. Porque la Naturaleza es también cooperación y armonía, además de guerra e injusticia. No hay incompatibilidad entre los conceptos de cooperación y de guerra. Un ejército en campaña, ¿no es acaso un ejemplo patente de cooperación y guerra al mismo tiempo? Y la razón, al menos nuestra razón humana, que es armonía y comprensión, ¿no es también disputa eterna de doctrinas y tipos de cultura?

La verdad es que buscamos al Dios escondido en los dos mundos de la naturaleza y de la razón, que son, a

la vez, mundos de paz y de guerra, de cooperación y de competencia. El factor más valioso del progreso no ha de ser el de la paz ni el de la guerra aislado, sino la armonía de los contrarios.

El sistema de Kropotkin no prevalecerá porque es parcial, pero esta parcialidad misma lo hace indispensable como correctivo de la parcialidad de sus contrarios. Frente a los socialistas de Estado, que tratan de resolver los conflictos humanos con solo tablas estadísticas, Kropotkin proclama la existencia de la simpatía, y los hechos le dan la razón con las «huelgas de simpatía». Frente a los que profetizan la concentración de industrias, muestra Kropotkin en *Campesinos, Fábricas y Talleres*, la posibilidad de que resurja la pequeña industria y la necesidad de los pequeños horteros de cultivo intensivo; también los hechos le dan la razón. Frente a los socialistas meramente autoritarios, Kropotkin se apoya en el poderoso movimiento cooperacionista. Frente al Estatismo rígido, ¿no ha surgido el sindicalismo para hacer buenas las teorías de Kropotkin?

También Kropotkin tenía su parte de razón. Esto es lo que empezamos a ver ahora, después de veinte años de socialismo intelectualista. Esa parte de razón, depurada, criticada, depojada de su unilateralidad, se recogerá en nuevos sistemas, más completos y armónicos, que no han de tardar en comenzar a elaborarse.

Pero acaso la mayor razón de Kropotkin no esté en su contribución a la ciencia, ni acaso en su vida de revolucionario, sino en habernos dado en *La Conquista del Pan* la más vibrante de las utopías modernas. Es la descripción de una comunidad del Buen Acuerdo, en que cada uno trabaja según sus fuerzas y es recompensado con arreglo a sus necesidades, en que el trabajo y la recompensa se regulan espontáneamente, sin pleitos y sin coacción, conforme a las palabras de Ovidio: *vindice nullo, sponte suo, lege fidem rectumque colebar.*

utopía es algo que no tiene lugar en que afirmarse, que no acaecerá, y, sin embargo, ¿hay ningún hombre que renuncie a sus sueños porque sepa que no podría realizarlos? «Los sueños,

sueños son», dijo Calderón. «Somos la tela de que se hacen los sueños», había contestado Shakespeare.

RAMIRO DE MAEZTU

Cuestiones Sociales

A la redacción de "Renovación"
como testimonio de amistad del Autor.

Acepte el lector estas páginas como una opinión más, de ningún modo nueva ni mejor sentida y expresada que otras, pero sí sincera y honradamente expuesta.

EL AUTOR

La coacción moral

I

Cuando afirmamos que en una sociedad libre, basada en la igualdad de condiciones, bastará la coacción moral para mantener la armonía y la paz entre los hombres, decimos una cosa que demanda clara y precisa demostración.

Acostumbradas las gentes a la creencia de que todo ocurre en el mundo por obra y gracia de los gobiernos, convencidas de su propia insignificancia en la vida social, al punto de considerarse simples engranajes de la mecánica gubernativa, difícilmente se explicarán cómo podrá funcionar la sociedad humana sin otra coacción que la naturalmente ejercida, con caracteres de reciprocidad, por sus mismos componentes. De aquí que, a pesar de ser hoy mismo un hecho evidente el influjo de la coacción moral, necesitamos demostrar que el mundo marcha a impulsos de esa fuerza de sugestión recíproca y que ella solo basta para que las agrupaciones humanas bien fundamentadas puedan desenvolverse y subsistir.

Empezaremos consignando qué entendemos por coacción moral.

Lo que se denomina sentimiento colectivo, pretendiendo darle un órgano y una tal supremacía que pueda traducirse en leyes fijas y constantes;

lo que suele llamarse espíritu público porque resume las costumbres, sentimientos o ideas aceptadas universalmente en un momento dado, no es para nosotros otra cosa que la coacción moral de que tratamos. Solamente que así como muchos entienden que el sentimiento colectivo o espíritu público obra indirectamente sobre los hombres por mediación de un mecanismo social cualquiera o es la imposición necesaria de la voluntad del mayor número sobre las voluntades individuales, tendiendo a darle cierto sentido de permanencia e inmutabilidad contradictoria, nosotros entendemos que la expresión real de los sentimientos colectivos o del espíritu público se reduce al simple cambio, no reglamentado, de influencias personales y colectivas entre todos los elementos que componen la sociedad. Entendemos asimismo que este cambio no se confina en nadie ni se ejerce por ministerio de órgano alguno directivo, sino que, al contrario, su poder de difusión y multiplicación proviene de que se ejerce indistintamente por todo el mundo, hombres o mujeres, jóvenes o ancianos, ignorantes o sabios, ociosos o trabajadores. Es indudable que en cada uno de nosotros ejercen presión las opiniones y los sentimientos de los demás,

y lo es también que, a la vez, cada uno de nosotros influye en los sentimientos y opiniones generales. Estas recíprocas influencias son unas veces de sentido afirmativo, de modificativo otras; y así, lenta o rápidamente, se establecen o modifican los sentimientos individuales y los colectivos, el espíritu particular y el espíritu público. Entendemos, pues, por coacción moral la influencia, o si se quiere, la presión que en nuestro ánimo ejercen los sentimientos de nuestros semejantes, presión que, como ya hemos dicho, tiene carácter de reciprocidad y de ningún modo obedece a cálculos determinados y descansa únicamente en el voluntario acatamiento que los individuos prestan a todo aquello que juzgan equitativo y que saben es reconocido como tal por sus conciudadanos.

Podrá argüírsenos que lo que denominamos coacción moral es propiamente coacción social, mas como con este último término se quiere designar la hegemonía o la preeminencia de un todo orgánico sobre sus partes componentes, completamente ilusoria, según tendremos ocasión de demostrar, preferimos la primera expresión en su sentido genuino de libre cambio de recíprocas influencias.

Es cierto que la coacción social se traduce en temor a la opinión pública, y que muchas veces no se ejecutan determinados actos, que se juzgan buenos, por la simple razón de que la opinión pública los rechaza. Es cierto en un sentido más amplio, según lo demuestra Spencer, que en el curso de la evolución moral los hombres se guían principalmente por temor al jefe, a la divinidad, al poder del Estado o de la ley, y finalmente, a la opinión pública.

Pero es de observar cómo la coacción social, identificándose poco a poco con la conciencia del individuo y con la Naturaleza, se torna a la postre en coacción moral interna, de tal manera, que el hombre llega a guiarse únicamente por sus juicios, sobreponiéndose a todo motivo de temor y al temor mismo.

Si no se pierde de vista el fin último de la coacción moral, se verá fácilmente que aquello que comienza por ser elemento de temor es más tarde materia de cambio que implica un cierto grado de subordinación voluntaria, pero subordinación al cabo, y últimamente se convierte en auto-coacción, es decir, que el individuo, identificándose consciente e inconscientemente con las influencias ambientales y con sus propios juicios, acaba por obrar de acuerdo consigo mismo, sin otra guía que el elemento simple del *deber*.

Darwin y Spencer han desarrollado completamente con su gran talento y sus inmensos conocimientos científicos la evolución de la conducta, deduciendo conclusiones definitivas acerca del automatismo de las acciones y estableciendo las transformaciones de la conducta moral en lo futuro. Según Darwin, «los sentimientos de amistad y de simpatía, lo propio que la facultad de ejercer imperio sobre sí mismo, se fortalecen a pesar de todo por el hábito, y como la fuerza de raciocinio progresa en lucidez y permite al hombre aquilatar la justicia de la opinión de los demás, llegará un día en que se verá obligado a seguir ciertas líneas de conducta, prescindiendo del placer o de la pena que sienta al hacerlo.» Entonces—agregá—podrá decir: «Yo soy el juez supremo de mi propia conducta», y repetir las palabras de Kant: «No quiero violar en mi persona la dignidad humana.» Y Spencer llega por otra parte a la conclusión «de que el sentimiento del deber o de la obligación moral es transitorio y debe disminuir a medida que la moralidad aumenta.»

Está bien probado que el cambio sucesivo de las condiciones modifica las costumbres, las ideas y los sentimientos de tal modo que, a medida que desaparecen las condiciones que hacían desagradables ciertos actos, se desensuelven otras que los tornan agradables, y recíprocamente. Así, «las cosas hoy ejecutadas con disgusto—Spencer—y sólo mediante la idea del

deber, se ejecutarán con placer inmediato, y aquellas de que hoy nos abstentemos por deber, serán abandonadas porque repugnarán».

Conforme a esta teoría, bórrase al fin todo elemento coercitivo, toda idea de obligación, y los actos se ejecutan «sin tener conciencia de hallarse obligados a su cumplimiento». De este modo, es evidente que el grado de dolor que supone la noción del deber es sustituido por cierto grado de placer que contiene implícitamente la ejecución espontánea de los actos, sin subordinarse a ningún motivo coercitivo.

Parécenos, no obstante, a pesar de la gran autoridad de estos dos sabios, que tales conclusiones no son aceptables sino con ciertas reservas. El fin último, la idealidad moral, como toda idealidad, es irrealizable en sus caracteres absolutos. Y si bien el pensamiento llega a la concepción abstracta y pura de lo que *debiera ser*, la realidad se queda siempre constreñida a caminar incesantemente hacia la meta, sin alcanzarla jamás.

La aproximación continua a la concepción abstracta, es precisamente el hecho real de la evolución y del progreso humano. Y «como es necesario, según las mismas palabras de Spencer, que exista cierta armonía entre la conducta de cada uno de los miembros de la sociedad y la conducta de los otros», podemos establecer, sin abandonarnos a las lisonjas y bellezas de la teoría, que en la identificación moral externa (coacción social) y la coacción moral interna (autocoacción), se resuelve el problema de la acción libre de los individuos, sin mezcla de intervención de elementos coercitivos. Volvemos, pues, a la afirmación de que la coacción moral no es más que un cambio de influencias recíprocas, mediante el cual la sociedad se desenvuelve actualmente, y se desenvolverá en lo futuro, siguiendo la tendencia de obrar el bien por el bien, sin tener presentes motivos de temor o de egoísmo.

* * *

El juicio que puedan formar nues-

tros deudos y amigos de cualquier acto propio, las censuras o elogios que nuestra conducta pueda provocar, la consideración que hayamos de merecer a los que con nosotros viven y aun a los que nos sobrevivan, todo ello constituye cierta saludable coacción que obra moralmente sobre nosotros, y determina, con el contraste de nuestros particulares sentimientos e ideas, nuestra conducta en todos los momentos de la existencia, salvo, naturalmente, todo desequilibrio físico o mental que nos sustraiga a aquella influencia.

Y téngase en cuenta de una vez para siempre, aunque nunca huelgue repetirlo, que hablamos pura y simplemente de una coacción real y efectiva, de la que empieza en el círculo de la familia, penetra en el de los amigos y se extiende gradualmente al resto de los hombres con mayor o menor intensidad, no de cierta coacción nebulosa, derivada de un ente metafísico y ejercida casi misteriosamente, según pretenden todos los que, hablándonos de derecho social, de sentimiento colectivo, de salud pública, etc., colocan en el pináculo de su rara teología una sociedad *sui generis*, distinta de sus componentes, superior a ellos, y más santa y venerada que ellos mismos; una entidad todopoderosa que habla, no por las bocas de los que la constituyen, sino por medios providenciales, y piensa y siente y actúa por propios y particulares impulsos, como si tuviera cuerpo real y órganos adecuados de expresión, a semejanza de lo que hacen los creyentes con su dios antropomórfico. La coacción de que tratamos nada tiene que ver con esas divagaciones especulativas de una mentalidad enferma mandada recoger en los dominios de la verdadera ciencia.

RICARDO MELLA

Suplicamos a nuestros suscritores que estén en débito con RENOVACIÓN se sirvan cancelar sus recibos. De lo contrario, suspenderemos el envío.

Confesiones

Cænobium, revista de Lugano, redactada en italiano y en francés, ha emprendido una encuesta que denomina «Confesiones». Se ha dirigido a un gran número de altas personalidades pidiéndoles su sentir acerca de Dios, el espíritu religioso, la moral y su enseñanza. Hay ya una multitud de respuestas reunidas en un gran volumen, y se continúa la publicación, en fascículos, de las que han de formar el 2º tomo. Un amigo, de Bruselas, nos habla de «la emocionante variedad del 1º volumen, dominada por el ardiente deseo de certidumbre del sentimiento moderno» y nos señala algunas respuestas o fragmentos de respuestas. Vamos a traducir.

Trozo saliente de la respuesta de GOBLET D'ALVIELLA: «Dios puede morir como han muerto sus predecesores conocidos y desconocidos, los Baalim¹ y los Teste, Assour y Ammon, Odin y Júpiter, como morirán un día sus contemporáneos de hoy, el Brahm del Hinduismo y el Allah del Islam, Ormuzd, «el Señor omnisciente»; Thiam, «el Emperador celeste», y aun Jahveh, «el Santo de Israel». Pero lo que no puede perecer es la concepción, en este vocablo encerrada, de un Poder supremo que, realizándose según sus leyes, se revela al hombre en la voz de la Conciencia y en el espectáculo del Universo».

LUIS DUMUR querría poder creer en una alma separable del cuerpo; «Pero lo que le parece más verosímil es que no seamos más que una casualidad ínfima en la inmensa química cósmica...»

SALOMÓN REINACH, hablando de la moral: «La enseñanza de Dios en la escuela y el hacer depender de tal enseñanza toda cultura moral es una gran imprudencia, porque la moral debe basarse en algo más que en una frágil hipótesis».

BEAUNIS, profesor de la Sorbona: «Aparte todo dogma y toda religión,

Dejamos estos nombres propios tal como los encontramos escritos.

las bases de esta moral se encuentran en los escritos de los filósofos y en el Evangelio: Amaos los unos a los otros. No hagais a otro lo que no quisierais que te fuera hecho».

IVES GUYOT: «*Todo progreso científico es una eliminación del sentimiento religioso*».

VAN BRUYSSSEL se decide claramente por la enseñanza de los hechos y por el recurso a la conciencia de los derechos y de los deberes en la vida social: «*La moral es independiente de las creencias religiosas*».

PEDRO TEMPELS recuerda el programa de la Escuela Modelo que él contribuyó a crear, que ha tenido tanta influencia y que «*ha marcado como fin la cultura integral de las fuerzas físicas y de las fuerzas mentales, con la cultura moral que resulta de costumbres disciplinadas, laboriosas, y del amor del prójimo*».

PAUL GILLE responde con su precisión y lucidez habituales: «*Soy rebelde a toda superstición y a todo fetichismo... Pero esto no me impide tener el respeto y el culto de un «ideal» que—sin superstición y sin fetichismo—no me es menos «sagrado».* ¿Hay en ello religión, en ese sentido más amplio de la palabra? Lo admito. La cuestión es de diccionario. Pero téngase bien entendido que toda fe mística y toda preocupación metafísica están ausentes de tal religión y que este respeto sin superstición y este culto sin fetichismo son humanos y realistas ante todo. Mi filosofía es así la de un naturalista o un físico. La moral, para mí, es de origen natural, no de origen divino. Más aún: es una fuerza atómica y cósmica. Y la sociabilidad humana no es más que esta tendencia natural puesta en valor y desarrollada por la razón y la costumbre. Esto significa que no creo en la moral revelada ni en la virtud de los catecismos, sino en la potencia de las condiciones de vida y en la virtualidad de la naturaleza humana».

CAMILO SAINT-SAENS, el inspirado compositor de «Samson y Dalila», no

se cree con la autoridad necesaria para tratar semejantes asuntos, pero agrega: «Podéis decir solamente que la cuestión de la Existencia o No-existencia de Dios me parece fuera del alcance del espíritu humano. En cuanto a la oración, me parece un contrasentido: si Dios existe, la oración tiene por fin el hacerle «cambiar de idea», lo cual es inadmisibile.¹»

¹ Y nosotros decimos: la buena oración, este contrasentido, esta «flecha lanzada al vacío», de ciertos místicos, es la mejor de las prácticas religiosas, para los que están en el caso de necesitarlas: es fuente de consuelo y esperanza y es palanca de mejoramiento, por la sugestión que realiza en el que ora (auto-sugestión) y tal vez en las personas de su vecindad fisiológica.

Los sentimientos religiosos son siempre síntoma de enfermedad o astenia. En un determinado individuo, el misticismo religioso está siempre en razón inversa del aliento y del vigor. Este es un hecho innegable, fisiológico. Ahora bien, una vez nacida la astenia, una vez establecida la consiguiente necesidad de satisfacción religiosa, nada nos parece tan eficaz como la buena oración.

Llamamos buena, por ejemplo, la siguiente antigua oración, que ligeramente retocamos:

Miradme ¡oh Dios! y mirad a todos los míos. Renovad nuestra salud y la alegría de bien vivir. Aumentad nuestra nobleza y nuestros afectos leales. Hacednos amar la verdad y la justicia y reconocerlas en toda ocasión. Hacednos triunfar aquí y en todas partes. Libradnos de las enfermedades graves, de los animales nocivos y de las grandes desgracias naturales. Libradnos sobre todo de las desgracias de origen humano: la envidia, el odio, la calumnia, la guerra y las venganzas. Dadnos fuerzas para ser útiles y para sobrellevar los dolores que nos toquen en suerte: dadnos ante todo la primera de las dichas, la serenidad mental para no abatirnos ni exagerar el dolor de nuestros males. Detened en nosotros el avance del orgullo y de la ingratitud. Dadnos acierto en todas nuestras resoluciones, hacednos comprender nuestros verdaderos intereses y haced que, más que el mundo de los pensamientos, nos preocupe el mundo de las buenas acciones.

La telepatía no está demostrada; pero es quizás posible en ciertas circunstancias. El naturalista está dispuesto a aceptarla y explicarla sin salir del campo propio de la fisiología. Si se llega a comprobar, habrá una razón de más en favor de la oración sincera y fervorosa: la influencia que ella puede ejercer, aun a distancia, en la mente de las personas que estén en conexión fisiológica con la que ora.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

“Sordello Andrea”

En el número 45 de esta revista anunciamos la aparición de la obra de Alberto Nin Frías, últimamente recibida: *Sordello Andrea* (F. Sempere y Cía., editores). La hemos leído con gran placer, a pesar del misticismo crónico de que padece el autor y a pesar de los incontables errores de imprenta de que están llenas las incontables citas en diversas lenguas que adornan la novela. Véanse algunos trozos:

Como fui hijo único durante cuatro años, mis padres por no dejarme solo me llevaban a menudo al teatro, lo cual me deleitaba sobre manera. Ayudó a desarrollar mi imaginación y sensibilidad, mis dos facultades salientes en ese lejano entonces. La primer pieza que presencié fue una ópera

cómica: *La fille de Mad. Angot*. Al día siguiente tarareaba: *Je suis la fille...* parodiando a actores y actrices. La volví a ver muchas veces y luego la imitación que hacía de la Angot y su hija era perfecta. Todos reían al verme parodiar y me hacían representar.

Doña Juanita, de Suppé, aun me fascinó más que *Madame Angot*.

El día entero remedaba al alcalde, afectando su picaresco donaire cuando examina a la hermosa Juanita y piensa para sí: *Si viellese pouvait, si jeunesse savait*. Todas mis relaciones me solicitaban para que representase la famosa escena.

El primer colegio que frecuenté fue mixto y dirigido por dos viejecitas, madre é hija. La primera pudiera estimarse viuda de Noé; la segunda, hija

de Matusalén. Aun vive la hija, para gloria de la enseñanza que, por lo visto, no mata.

No tengo recuerdo preciso de mis travesuras, pero sí retengo indeleblemente los castigos que me impusieron para corregirme. Una vez, irritada la maestra, descolgó una pesada fiambrera de su rondana y alzóme en peso. Estuve dos horas en alto, penitenciado, creía ella. Yo me divertí sobremanera: desde la altura olímpica contemplaba a la humanidad sufriente (los niños que delectaban, y a quienes se les exigía el catecismo de memoria). Reía solo de vez en cuando y otras veces con algunos ojos que encontraban los míos.

La vida en suspensión es deliciosa: pareceme majestuosa. ¡Feliz debió ser la raza de Icaro!

La maestra, apercibiéndose del resultado negativo de su experiencia penal, no la generalizó a mis compañeros.

A esa edad hasta de los castigos se saca partido. Bajé radiante cuando me vinieron a buscar para el almuerzo. Mis camaradas me saludaron complacidos; ese día fui un héroe para ellos.

En otra ocasión me sentaron fuera, en un balcón. De las orejas colgaba una lengua de trapos.

Creí avergonzarme la maestra con esta exposición al aire libre. Se equivocó: no me inmuté. Sereno presencié el desfile de las gentes, y cuando me sacaron le dije en tono impertinente: «No se me hubiese importado aunque hubiese pasado nuestro rey.»

Mi madre, muy temerosa de las corrientes de aire y de las mojaduras, acostumbraba tenerme en casa cuando llovía.

Invariablemente se arrepentía de ello al cabo de la ruda jornada.

«Irás a la escuela, aunque lluevan chuzos, otra vez», me decía la pobre. Llegaba otro día lluvioso, y con su instinto de madre cuidadosa triunfaba de todas las molestias, haciéndome quedar a su lado, ocioso.

La paciencia y la abnegación son cualidades en verdad femeninas.

Mi único *gros peché* en esos tiempos era el no poder estar quieto so ninguna circunstancia. Un día que inflaba un globito, salté tanto al hacerlo, que me lo tragué. Hubiesen visto mi espanto. Parecía Hamlet antes de enunciar el célebre monólogo.

Aunque mi pobre y pequeñísimo cerebro no podía urdir tan elevadas reflexiones, díjeme lívido: «Viviré o no viviré?»

No conocía entonces, dichoso pasado, a Shakespeare; sin embargo, su sutil pensamiento se encendía en una mente infantil. Corrí hacia la más anciana de la casa, matrona de níveos cabellos y de encantadora bondad: «Misia Corina, me he tragado un globito.»

Mi espíritu, hasta entonces estoico, desfalleció; lloré, lloré...

Ella se echó a reír y cuantos supieron del suceso. No pude comprender cómo pudieran hacerlo ante mi inmensa desgracia. Me dijeron todos a una estuviese quieto, muy quietecito, porque si no volaría. Ante semejante perspectiva no me moví más de un sillón en toda la santa tarde. Sufría horriblemente: la idea de volar para siempre me importunaba. Dejar a mis padres, a mi teatro, a mis grandes amigas, a mis padrinos, a mi hermanita, era terrible para mí. Cuanto más tranquilo estaba, tanto más febril era la actividad del cerebro y del corazón. La gente no podía conciliarse con la idea de mi inquietud; tenía más de *derveille* que de *jakir*. Mi aventura era pasto para risas sin fin, mientras yo estaba triste, tristísimo, por el temor de volar. Si Santos Dumont me oyere, llamaríame bruto y tímido.

No muy lejos de este episodio ocurrió un suceso felicísimo para mi imaginación poblada de bailarinas, a'tores (me comía el *ac* de esta palabra), del primer acto, del segundo y tercero.

Debo confesar que junto a toda esta *féerie* del escenario, vivían para mí los santos en la más envidiable armonía.

La unión de la Iglesia y del arte teatral era para mí un hecho fácil y consumado.

¡Si dejaran gobernar a los niños, cuántos milagros no obrarían, cuántos prodigios no se realizarían!

Sarah Bernhardt había desembarcado en el Pireo y daba quince representaciones en Atenas.

Había oído mucho hablar de ella: que era la más célebre artista del mundo; que ganaba millones, etc. En una población chica, una circunstancia semejante se hace bien pronto el tema de todas las conversaciones. Yo escuchaba cuanto se decía al respecto con toda la atención de que era capaz. Hícele prometer a mamá me llevaría a verla representar. Le causó gracia mi entusiasmo por la genial trágica, y lo cierto es que fué a verla tres veces. Aun me puedo representar varias escenas de *Teodora* y la final de *La Dama de las Camelias*. Aunque el sueño me acometiese tenazmente, no dormía por nada. Mis ojitos se abrían de una manera desmesurada. Por una casualidad extraña, la «divina Sarah» vivía en el mismo hotel de donde nos traían la comida. La casa solariega se hallaba entonces en compostura.

¡Cuál fué mi alegría al saberlo!

Esperaba la llegada del criado y le hacía sendas preguntas sobre la compañía y su directora. Luego le confíe mis impresiones y le encargué felicitarla a la gran actriz en mi nombre. Otro día le envié flores.

Mi candidez era admirable. Sólo hablaba del teatro en esos días. Era tan intensa mi ingenua preocupación que se trató fuera yo el portador de un ramo, en nombre de las damas de Atenas, a la Bernhardt.

Ahora que estimo en lo que vale la menor intimidad con los genios, siento no se haya llevado a cabo el proyecto. Estoy seguro de que Sarah Bernhardt, al verme tan pequeño de estatura y con un corazón donde cabía tanta admiración por ella, me hubiese besado... ¡Qué gloria un ósculo del primer genio teatral de Francia!

Las feéricas impresiones que dejó

tras sí la compañía dramática, me sugestionaron por completo. Mi pasión por el teatro se centuplicó. No sólo compré varios, sino que mi padre me mandó construir uno grandísimo. Nunca alcancé a verlo concluido, pues un suceso inesperado, nuestra ida a Inglaterra, interrumpió el trabajo.

*

El día triste de la partida llegó. Yo andaba sin sombra. Mi madre rehusó despedirse de la abuelita a fin de no provocar escenas desgarrantes.

Yo me despedí de ella con una pena inmensa; íera mi primer gran dolor!

...El viaje fué largo y extraño. Los acontecimientos no se dibujan con claridad en mi mente; este período es nebuloso para mí.

Sólo sé decir que un pequeñuelo de ocho años abandonaba su patria, es decir, ese grupo de personas que le aman y le instruyen en la civilización peculiar del país.

Iban a sucederse en su alma impresionable fenómenos extraños: la pérdida parcial de tradiciones cosmopolitas, como son las de las ciudades del Mediterráneo, y la sustitución por los principios rígidos de la sociedad inglesa. Un interesante proceso psicológico iba a ocupar muchos años de la vida mental.

Estos trasplantes engendran almas incompletas:

¿Cómo podía adaptarse la viva imaginación, los gestos, la emotividad fácil, el ingenio, la astucia mental, la libertad de la expresión frente a los impulsos de la carne, a la seriedad inglesa, tan inclinada a sustituir lo artificial por lo natural? El pobre pequeñuelo iba a necesitar perder su alegría simpática, su nerviosidad desbordante, su misticismo pagano. El helenismo innato de su espíritu se iba a paralizar y aparecer por grados con la ausencia de sol y expansiones, el divorcio funesto entre el sér animal y el espíritu. De esta separación deduzco todas mis tristezas y todas las contradicciones de mi vida: cuando llegué a hombre, en la patria no podía prospe-

rar, por faltarme armas con qué defenderme, y en Inglaterra carecía de la mediación de ciertas relaciones cordiales. *J'étais un déraciné...*

Por la pasión a la belleza antigua era heleno, a la usanza de Goethe y Winckelmann; por mi conciencia escrupulosa, fruto del protestantismo, procedía de la isla poderosa. No era producto de ningún medio ambiente exclusivo. A haberme desarrollado únicamente en uno de los dos países, hubiera llegado a ser alguna cosa grande y potente.

Las sirvientas que nos cuidaban eran de Tesalia, y como tales, muy supersticiosas. Soñé una noche con un vivero de serpientes; se los conté, y en seguida me pronosticaron que significaba la muerte de algún pariente muy cercano. Me apegué tanto a esta superstición, que aun no puedo vencer mi aversión por ese vil reptil. Pocos días después, recibimos la triste nueva del fallecimiento de mi único tío materno.

Si alguna lección podemos deducir de esto es la de rodear al niño sólo de aquellas personas que pueden esclarecer sus ideas, nunca falsearlas¹.

De la mentalidad del pedagogo, como del moralista profesional, está excluída toda tonalidad apreciativa.

«¡Cuán verdad es que sólo es grande y feliz quien no tiene que mandar ni obedecer para ser algo!» escribe Goethe en *Goetz von Berlichingen*.

¡Ha conocido una de las dichas del mundo aquel cuya infancia ha sido tutelada por padres amantes y sabios!

Mientras Versalles bulle de fiestas báquicas, pueden anotarse ya los des-

puntos de una aurora de sangre. Por sobre los sufrimientos inauditos de la Bastilla, antro inquisitorial cuyo portal es la *lettre de cachet*, estalla la risa sardónica de Voltaire. El huesudo filósofo enseña a la multitud a burlarse de todo. Su discípulo Rousseau no irá muy lejos, pero ahondará aun más la brecha entre la monarquía y el pueblo, señalándole los fundamentos en que descansa la podredumbre social. Amante de lo bello en la Naturaleza, pugna por volver a su silencio, quietud y bondad.

En casa del dulce Vauvenargues, ese espíritu imbuído en todas las serenidades y de todas las resignaciones, medito sobre la prehistoria de la gran Revolución.

La sed de goces ha apagado todo anhelo de justicia. Ebrios con sus privilegios extravagantes cuando no infucos, los nobles y el clero, presintiendo el cataclismo cercano, acortan su vida en desenfundados placeres.

A la frase del gran cínico, *Après moi le déluge* hacen tierno eco suaves madrigales. Ante la inminencia del peligro extremo, a menudo vuelve el hombre a los pasatiempos del niño. Así también la alta aristocracia descansó de la voluptuosidad en una resurrección de Arcadia. La primer dama de Francia se digna fundar una lechería cerca de su casita predilecta: *Le petit Trianon*. Mientras el volcán ruga bajo los augustos piecitos, la nobleza juega a Mallin Collard, escucha a Beaumarchais y tiene citas en los templos griegos esparcidos por el bosque de Versalles.

Las repúblicas son monarquías que cambian de rey cada cuatro o seis años, sin ninguna de las ventajas realistas y todas sus pequñeces. Los pueblos no deben dejarse gobernar por quien no sepa ser útil a todos y no tenga un alma hermosa. Y se observa, añadiría un cronista picaresco, que salvando una honrosa excepción, los pueblos más desorganizados son los que más se apegan al llamado régimen republicano.

¹ El autor se contradice completamente en otro lugar. No una, varias contradicciones serias hay en la obra. Lo cual revela algo de anormal en la cerebración.—L. D.

Los países mejor gobernados hoy día son realmente las monarquías. Dudo haya un país mejor regido que Noruega, Dinamarca, Inglaterra o Bélgica. En este último, sobre todo, las fuerzas sociales se controlan a maravillas: por un lado la Iglesia conservadora; por otro el socialismo, dividen la opinión pública. El resultado de ello es un tercer producto: *in medium veritas*. En el gobierno republicano existe siempre la tendencia a excluir la opinión contraria e ignorarla por completo. ¿Con qué resultado? Un socialismo de Estado, laico, nivelador de conciencias, fortunas, de cuanto ha sido y es la grandeza humana: la diferenciación. Lejos de mí el retorno al antiguo régimen o al clericalismo sin valfa.

La vida interior, planta cada vez más rara, sólo prospera en el individualismo y tiende a desaparecer con el sistema igualitario.

Las mejores repúblicas han sido monarquías sin la corona hereditaria; los mejores reinos, repúblicas coronadas. Guillermo Ferrero, pensador tan original como sugerente, cuya imparcialidad es insospechable, en artículo sobre Sydney Sonino explica con serenidad de juicio, rara hoy día, el rol de la aristocracia en el gobierno.

En la desierta orilla de unas playas remotas se alza una vieja torre de almenas seculares: su alma es íntima amiga del alma de los mares, de quien conoce a fondo las tragedias ignotas. Ha escuchado querellas e idílicos cantares, sabe mil episodios sobre las barcas rotas, el cielo, las arenas, las libres gaviotas y los maravillosos poemas estelares.

En las noches de luna todos los pescadores y las pescadorcitas de los alrededores junto a la vieja torre suelen plantar sus tiendas. Como a una vieja abuela que ha visto muchas cosas, la miran con sus largas pupilas silenciosas, mientras ella les cuenta fantásticas leyendas.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA

Como no quiero ser ajeno a cuanto sea humano en mis juicios, he deseado recoger datos sobre la América latina acerca de este problema. He visto confirmadas estas ideas allí también.

La república, monarquía electiva,

por lo que he podido colegir, no ha dado mejores resultados que en Francia o en los Estados Unidos. A pesar del tono académico de sus parlamentos y la belleza literaria de las constituciones, me parece seguir los pasos de las republiquetas del Medio Evo. El mismo recurso a las armas, a la mentira, a la astucia, al compadrazgo, para sostenerse en las alturas. En su gran mayoría, esos países están en su faz medioeval; ningún desarrollo artístico o mental redime lo crudo y apático de su civilización. El españolismo o el lusitanismo que pudiéramos estelar mejor con un solo vocablo, peninsularismo, son moldes difíciles de romper. Las revoluciones casi diarias otrora, hoy ya menos frecuentes, sólo significan que, como por la época feudal, el único medio de hacerse justicia es recurrir a la fuerza armada. La rotación de los partidos, que en último término se reduce al flujo de la acción y reacción, movimientos tan eternos como los principios cósmicos, sólo puede garantizar el progreso político de un país. Cuando se suprimen la rivalidad y el estímulo de la lucha, la tiranía avanza sin ambages.

En el comercio esto se apellida *trust*; en política *dictadura*.

La Iglesia, sin control, termina en un sistema que a la Inquisición se acerca por el colorido sombrío y rígido; el Estado en las mismas condiciones, es la autocracia rusa.

Donde sólo una tendencia impera, tenemos pandemoniums políticos como en Venezuela, bajo Castro, o cual en la turbulenta Centro América, donde uno de los tiranuelos, cuyas crueldades recuerdan cuentos de Boccaccio, quiere hacer desvanecer todo rastro de la mano férrea elevando templos a Minerva.

Acaso anhela emular a los últimos Médicis. No cabe duda que a las virtudes inspiradas por la religión o la política, como medios de dominio, se mezclan siempre a manera de alianza impura: la avaricia, el egoísmo, el deseo de exhibirse, la simulación del talento y la pasión del mando.

Toda medida tendente a suprimir cualquier facultad humana, es suicida. La implantación del socialismo paralizaría de golpe la civilización progresiva...

Hay medios, la muerte, el asesinato, el patíbulo, el tribunal de la justicia, para suprimir a un déspota; pero ¿qué remedio existe contra la tiranía de las masas? Ninguno, sino la resignación. Es entonces cuando surge, como medio de salvación, un Julio César o un Napoleón I.

A juzgar por el éxito, que acompaña el ejercicio del poder en los países monárquicos, reconocemos por fuerza que tiene de su parte alguna superioridad.

La fuerza de esos gobiernos reside en su sentido evolutivo y el respeto al pasado. En la república se tiende a desconocer esos elementos. Se exige a todos los hombres servir al Estado de la misma suerte. Goethe, acusado de desinteresarse de la patria, contestó altivo:

«No podemos servirla todos de la misma suerte.

»Me atrevo a decir que en las obras cuya tarea me ha prescrito la Naturaleza, mis esfuerzos, mis investigacio-

nes, mi actividad, han sido realizadas con absoluta conciencia.

»Si cada uno pudiera decir otro tanto de sí, eso vendría a ser provechoso para todos.»

He aquí un desmentido a las pretensiones del socialismo y una protesta contra el jacobinismo.

Taine, ese segundo Goethe, se justifica de ataques parecidos en estas palabras:

«No podemos servir todos a la humanidad del mismo modo; ved la senda que siguen Marco Aurelio, Spinoza, Goethe. Está bien, aceptemos las leyes de la Naturaleza. Pero, contrariarla, es sólo un magnífico adiestramiento.»

Con raras excepciones, el colegio fué para mí la escuela del sufrimiento, así como el hogar lo fué de goces y satisfacciones. Aborrezco los odios, las indelicadezas, las injusticias, que abundan en la vida colegial. Las personas harto delicadas por naturaleza o consecuencias de una imaginación sensible al arte y a las bellezas del vivir, no hallan en la crudeza del ambiente escolar motivo alguno para estimularlas.

ALBERTO NIN FRÍAS

Crónica de humor

Las fiestas. — Feliz año nuevo. — Comedias nacionales. — Menudencias filosóficas

Pasadas las fiestas de San José, forzadamente se ha de hablar de ellas durante muchos días. Espectáculos como los que ellas nos ofrecen allá de tarde en año, no son para mirados cada rato. Por lo mismo mucho es si al cabo de un mes han cesado de bullir los comentarios.

Las fiestas son... como todas las cosas del mundo. El gozómetro particular de cada individuo marca los grados que ha de bajar o subir la opinión que de su espléndidez y buen suceso haya luego de expresarse a porrillo. Por algo se dijo ha mucho tiempo, que cada uno habla de la feria según

le fué en ella. Así por ejemplo, a los barbilindos de *La Información* les han parecido las más rumbosas de la vida; como que en casa se zancocharon y en casa se comieron, según dice el refrán. No así a los monaguillos de *La Epoca*, para quienes nada hay bueno bajo el sol como no lleve incensario y campanilla, y responso y agua bendita. Para los citados acólitos, las fiestas capitolinas no fueron más que inmorales exposiciones de lujo y de ebriedad.

A fuer de cronista imparcial, no he de entrar ni salir en el ajo de tales pareceres; pero nadie me quita de la

chirimoya que en cuanto a lo de las exposiciones, anduvo corto de lengua el órgano de la sacristía. No sólo el lujo y la embriaguez mostraron en el carnaval recién pasado sus tristes evidencias; también la carne supo enseñar con raro hechizo ante los ojos de la clientela resaquera, los tesoros que ofrece como trofeo a los falderos atrevidos. No hablemos ya de las faldas constreñidas y chingoretas que dibujan sin lápiz en la página manchada de nuestro deseo todo el formulario femenino de cintura para abajo, y parecen decir a los curiosos con su lenguaje estimulante: ¡ánimo, trapalones! Deténgamonos a mirar por entre los moninos bostezos del escote, la gentileza virginal de cuadril arriba con todos sus pelos y señales. ¡No, si como anuncio de lo que se tiene en venta o se desea dar en arriendo, ni el periódico gratuito de Ortiz!

Razón que le sobraba a mi excelente y resignado amigo don Cornelio cuando al llamar a sus hijas por las tardes para recordarles que ya era tiempo de acicalarse para marcharse al Morazán, con sus enormes bolsas de confetti, les decía entre jovial y adolorido: NIÑAS, Á DESVESTIRSE, QUE YA ES HORA!

En cuanto a mí—pobre mortal rezagado en los recuerdos de otra edad en que el recato de damas y donecellas pasaba intacto el Rubicón de los años hasta caer desvanecido muchas veces en el discreto regazo de la gente de tonsura—declaro que me divertí no poco trecho con los caballitos, el Don Zenón de los disfraces, y el negro de los baños.

Esta mi incurable manía de sacar filo a las cosas, me hacía pasar las horas perdidas en la contemplación del gesto almibarado del patriarca del gallo, nuevo San Pedro perdido en estas épocas de incredulidad; del movimiento del carrusel, y de la tenacidad tiritante del hombre de ébano a quien no arredraban chapuzones con tal de ganar la peseta que otros tiraban por sólo el gusto de verlo sumergirse.

Frente al incesante rodar de los ca-

ballitos, mi malicia fingía ver la representación del eterno destino de los pueblos. Una vuelta, dos vueltas, tres vueltas, diez mil vueltas, para que monten unos, bajen otros, y vuelvan a subir y bajar los mismos en inacabable turno sin que a los silenciosos brutos de madera se les vea cambiar jamás el modo habitual de sus fisonomías imbéciles y estacionarias.

El negro de los baños, a otro berenjenal de conjeturas me aventó. Mi profesor de Derecho Romano me increpaba con el énfasis persuasivo de su oratoria: ¿pero no se indigna Ud. de ver que así se pierda la vergüenza por unos cuantos cincos arrancados a la estulticia que de tal modo se divierte?

No voy con Ud., querido maestro, musité al fin después de medir toda la extensión de mis palabras: ¿qué más da? El se zambulle, y su cuerpo es el único que lo padece; otros, en cambio, hacen peores cosas con idéntico objetivo y nadie los maldice. Y quizás no se mojan solos sino que pringan en su juego venal a muchos que aspiraron a andar secos.

En fin de fines, declaro que a pesar de la chamarra de la aviación, me divertí en las fiestas como nunca. ¿Qué se me da a mí que Boland no volara si mi fantasía tendió el vuelo por sitios hasta entonces para ella insospechados?

Es como dirá la Comisión de Fiestas: lo principal era que el comercio tan reacio al principio a entrar por el portillo de la contribución, volara a dar su aquél para el jolgorio. Después... que vuele quien quiera, así reviente de su improvisada voladura. Que no es pequeño el vuelo que toman aquí las empresas chamarreras, en vista del buen éxito que ha coronado los grandes *bluffs* de ciertos bolsistas de aire caliente.

En cambio, el baile oficial del 31 no dejó qué desear; como que superó a todos los habidos hasta entonces por la asistencia de los señores Jueces de Primera Instancia—llevados al rango de personajes desde la protesta de maras—algunos de los cuales ya pudie-

ron darse el gustazo de enviar la invitación y el carnet al distante y siempre amado villorio natal, para que recogieran las exclamaciones de ufanía de toda la parentela agradecida.

* * *

Pues ya tenemos año nuevo. Y qué año, Dios Clemente! De esos que empiezan por incendios y puñaladas y suicidios, y no sé cuántas caricias más de las que suele prodigar a sus hijos de la tierra el Señor Misericordioso que todo lo previene y lo dirige con invariable acierto.

Así como en las fiestas cívicas todo bicho viviente se cree en la obligación ineludible de alegrarse aunque esté más derrotado que el cletismo, al llegar el nuevo año no se queda quien no imagine sentirse largando el cascarón del viejo sino para apechugar con una nueva estrella. Todos sabemos que la vida no cambia porque un año—espacio de tiempo irrisorio—llegue al término de su jornada. En otras palabras: todos comprendemos a maravilla que el frío no está en las sábanas. Sin embargo, desde niños oímos exclamar: «año nuevo, vida nueva» y no podemos sustraernos al influjo de la frase sacramental. Bajo el yugo inquebrantable de cuántas frases hechas no marchamos cubriendo de babosos arabescos el renglón de la ruta!

Luego nos disponemos a cumplir con el grato deber de saludar a nuestros conocidos de quienes algo bueno pensamos recibir. Porque dejando a un lado hipocresías, he llegado a descubrir en el fondo de toda gentileza, una mano alargada en actitud de pedir alguna cosa.

Trabajo, y no escaso, el que le dan a uno las gentes que creen haberle *visto algo*, como pintorescamente reza el dicho popular. Eso de tener que contestarle a cuanto Perico de los Palotes se le antojó mandarnos su saludo, es cosa que pondría de mal genio al mismo don Enrique que pasa por ser el mejor Genio de cuantos se han visto por acá. Con decir que hay individuo que no queda contento mientras no

nos pone él mismo en la mano su cartulina con sobre y estampilla, y con el consabido apretón de manos extra honesto y el no menos consabido *feliz año nuevo*, disparado a boca de jarro como una salutación archi-estrambótica!

Pero ¡qué idea se tendrán ciertas gentes del uso de las tarjetas?

* * *

Con la entrada del año, entraron también al país las honorables delegaciones que *nuestros hermanos* los otros Presidentes de Centro América se han servido enviar para la Cuarta Conferencia Centroamericana. De todos los enviados, uno, el Doctor don Rafael, nos pertenece de todo en todo y por derecho propio, como nuestras muelas y nuestros dientes que nos sirven y nos acompañan y nos duelen desde *chirrisquíticos*. A no ser que se trate de un segundo tomo del nuestro, y en ese caso nada hemos dicho y sólo dejamos en pie los sinceros elogios que la primera edición de ese volumen siempre supo arrancar a nuestra simpatía.

Otro de los señores conferencistas gasta el apellido *Zepeda*. Menos mal si el emplasto centroamericano que nos aplicara el Tío Sam no se resolviera en banquetes y sus correspondientes indigestiones. Porque con tal apellido y en tamañas andanzas, bonitas van a estar las pituitarias de los congresistas.

Vamos, que parecen escogidos adrede los nombrecitos del infundio: Arroyo, Meza, Zepeda... ¿No habría por allí un Pata de Banco que mandar a completar el menaje? La verdad es que para lo que vienen a hacer, con muebles de menos avalorio se podrían pasar los dichosos tratados internacionales, cuya es la legítima paternidad de aquestas conferencias.

Quizás por eso nuestro Gobierno, que es la parsimonia y la socarronería andando, dió la delegación de Costa Rica a don Faustino, el de la lechilla, antiguo y experimentado censor de teatros, quien por razón de su oficio

sabe más de tramoya que un cura de ayunos.

Es lo que dirá don Ricardo: para quien mi hijo es, con mi nuera le basta. Y ¿no es asunto teatral el de esas conferencias? Pues nadie más indicado que el censor respectivo para representarnos.

Pero nada tan ocasionado a regocijados incidentes como el agasajo oficial acordado al representante de Estrada Cabrera, quien trae—, además de su carácter propio que debe ser muy templado a juzgar por las trazas—el de Ministro Plenipotenciario de aquel Honorable Presidente.

Desde el día siguiente a su llegada, ya estaban en trájín los carruajes nacionales. Lo primero es enseñárselo todo, había dicho Prestinary asumiendo extrañas actitudes de hombre malo, y guiñándole un ojo a Adán, quien entretenía a la sazón con sus chispazos de Rigoletto la digestión del Mandatario.

Bueno, ¿a dónde lo llevamos primero? gruñó Manuel Castro, lamentando por primera vez la ausencia del Subsecretario.

Que lo lleven al Asilo Chapuí, dijo con mucha sorna don Felipe que voceaba en el coro.

No, que vaya a la Penitenciaría, remató el Coronel perversamente, recordando talvez sus malos ratos de Guatemala y su destitución en tiempos de don Cleto.

Quien opinó porque debía llevarse al Liceo al Diplomático; quien que a la Algodonera primero; y no faltaron opiniones favorables al cementerio y aun al *Rastro*.

A esa sazón aun no se había dispuesto que la Comisión de Fiestas hiciera de Protocolo *ad majorem dei gloriam*, costado por la buchaca de los contribuyentes.

De donde se colige que el deseo de agrandar a su Excelencia es unánime en los mangoneadores de la cosa pública, por lo que mucho me temo venga a resultarles lo que es voz y fama aconteció al demonio; que de tanto querer a su hijo hasta le sacó los ojos.

Después de todo, ¿no sería ello lo más acertado que podríamos hacer con todas estas aves del pacto Centro Americano para mantenernos libres de la tempestad que su presencia agorera nos señala?

* * *

El amor a los niños está en moda.

Hablo en el más casto y elevado sentido.

Ya se ve que en la jerga reproductiva no habría de ir esto, desde luego que a todos nos consta el horror a la procreación que es mal endémico en nuestra sociedad. El tener hijos va siendo entre nosotros un gusto prohibido por las altas tarifas aduaneras que al encarecer la vida, la hacen casi imposible para los hombres, penosilla para las mujeres, y un tanto calamitosa para los *bebés*.

El peor regalo que a la fecha puede hacerse a una señora casada es la venida de un llorón. Y de las solteras no hablemos. Las cuales, cuando suelen entregarse a honestos discreteos con sus novios en cualquiera de las innumerables casas de cita extramuros que todo buen cochero conoce hasta dormido, lo hacen con su cuenta y razón, advirtiendo que no desean multiplicarse.

Mientras las estupendas ideas que los compañeros de chifladura libertaria han sostenido teóricamente acerca del amor no lleguen a adoptarse como norma social, ello seguirá siendo así aun cuando don Felipe bajara su Arancel que es como si San Juan agachara el dedo.

Pero no, hablo de esa forma de amor a los niños... ajenos, que trae derretidos hasta a gentes que en su vida habían pensado en la delicia de acariciar un colchoncito de bucles graciosamente asentado sobre unos ojitos parlanchines. Hablo de esa forma que sí puede mostrarse de cara al sol de talco de la época presente sin sentir sonrojos sino antes bien oronda vanagloria.

Me refiero al interés que en cierta clase social va despertando la suerte de los niños pobres que no tienen pitos

y muñecos con qué jugar el día de Navidad y vestidos para estrenar tras de la banda en el paseo de los disfraces.

Lo que es este año, merced a la ventolera esa, no se quedó mamón pediguño que no tuviera su juguete, ni tienda que no aprovechara hasta el último de los suyos vendidos a buen precio. Dios da para todos y es fama que cuando llueve todos nos mojamos.

Todos no, desde luego. Que en esas marimorenas de filantropía que ahora se estilan, cuántos futuros caracteres, —de esos que tanto hemos menester, — incapaces desde pequeñines de correr a pescar en los repartos públicos en que la caridad moderna humilla los dolores de la necesidad, pasaron su Navidad como siempre, sin un triste muñeco, como lo pasamos todos los de la generación del olote, que tan brillantes ejemplares de hombres ha legado.

Para esos desventurados pequeñines cuyos padres representan todavía la última guerrilla de la deshecha delicadeza nacional, no hubo ni siquiera el caballo de escoba a que sacara plumas don Máximo cuando aun no soñaba con sacárselas algún día al potro *de deveras* de la Presidencia, ni la yunta con que *argullara* de pequeño el más austero de nuestros gobernantes.

Por ello no sé si dar la razón a quien me objetaba con un escepticismo corrosivo que maltrató en mi pensamiento la candorosa ilusión.

«Aplauda usted esos desplantes, en algunos, sinceros, pero en otros, hijos del cálculo exhibicionista que ahora sopla sobre todas las cosas. Todos esos repartos ostensibles acabarán por de-

primir aun más la dignidad costarricense, habituando a los hombres desde niños a extender los brazos en súplica antes de que hayan aprendido a sepultarlos con esfuerzo en el jadeante seno del barbecho. Ya se ha visto la plaga de mendigos de todas las edades y sexos que nos ha caído del terremoto de Cartago para acá. La protección a los niños debe manifestarse en otra forma menos ostentosa y cursi y más eficaz desde luego. Los higienistas y los sociólogos podrían indicarla; y ella sería de tal naturaleza, que no degradaría en manera alguna el carácter de los beneficiados inconscientes, ni podría servir para levantar vistosos pedestales a tantas filantropías baratas!»

Vaya con los espíritus meticulosos y analíticos que hilan más delgado que como deshila mi lavandera las prendas de mi ajuar. Después de semejante sermón, cualquiera se entusiasma con ciertas cosas!

Vale que en saliendo uno a la calle, la imaginación se despabila con esa peste de automóviles que le pitan a uno por detrás cuando ya han pasado como una exhalación.

Automóviles que afectan todas las formas de animales y dan todos los sonidos de las selvas: desde el oso blanco de Mister Bliss, hasta el alcarabán escandaloso de Collado; desde el orangután de don Teodosio, hasta el lechoncillo gruñón de Lico; y desde el elefante negro del Gobierno, hasta la araña pica-caballo de don M. Dengo.

Sin estas ambulantes distracciones, acabaríamos por aplastarnos la rueda sin entrañas de la filosofía.

d. l. z.

PARA HACER REFLEXIONAR

La Sociedad, establecida para hacer respetar el derecho de todos, está en el deber de obligarme a respetarle. Mas, que tomando este deber por pretexto, no venga nunca la sociedad y diga: «Tienes el derecho, pero no puedes ejercerlo mientras no hayas cultivado tu entendimiento o me pagues un tributo», porque me creeré enton-

ces con la facultad de contestarle: «¿Quién eres tú, para impedir el uso de mis derechos de hombre? Sociedad páfida y tiránica, te he creado para que los defiendas, y no para que los coartes; ve y vuelve a los abismos de tu origen, a los abismos de la nada.»

FRANCISCO PI Y MARGALL

Publicaciones de la Escuela Moderna

Están a la venta en la Librería Falcó, las siguientes:

Compendio de Historia Universal, por CLEMENCIA JAQUINET. Tres tomos empastados en tela $\$$ 3.00.

Pequeña Historia Natural, por ODÓN DE BUEN. Cinco tomos profusamente ilustrados y empastados $\$$ 5.00.

Psicología Etnica, por CH. LETOURNEAU. Cuatro tomos empastados en tela $\$$ 4.00.

La Escuela Moderna, por FRANCISCO FERRER G. Un tomo emp. $\$$ 1.00.

Las Aventuras de Nono, por J. GRAVE. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela $\$$ 1.00.

Tierra Libre, por JUAN GRAVE. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela $\$$ 1.00.

El Niño y el Adolescente, por MICHEL PETIT. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela $\$$ 1.00.

Preludios de la lucha, por F. PI Y ARZUAGA. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela $\$$ 1.00.

Sembrando flores, por FEDERICO URALS. Un tomo en rústica 0.50. Empastado en tela $\$$ 1.00.

Origen del Cristianismo. Un tomo ilustrado en rústica 0.50. Empastado en tela $\$$ 1.00.

Epítome de Gramática Española, por FABIÁN PALASÍ. Un tomo empastado en tela $\$$ 1.00.

Resumen de la Historia de España, por NICOLÁS ESTÉVANEZ. Un tomo empastado $\$$ 1.00.

La substancia universal, por A. BLOCH y PARAF-JAVAL. Un tomo empastado en tela $\$$ 1.00.

Nociones de las primeras edades de la humanidad, por GEORGES ENGERRAND. Un tomo empastado $\$$ 1.00.

Nociones de idioma francés, por LEOPOLDINA BONNAUD. Un tomo empastado en tela $\$$ 1.00.

La Escuela Nueva, por J. F. ELSLANDER. Un tomo en rústica $\$$ 1.00.

Hacia la unión libre, por ALFREDO NAQUET. Un tomo en rústica $\$$ 1.00.

República Francesa y Vaticano, por ANDRÉ MATER. Un tomo en rústica $\$$ 1.00.

Ferrer, interesante folleto $\$$ 0.20.

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,

Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas
A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pio Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, detective, Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez Sierra.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve á la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.
Boda oficial, R. H. Savage.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgeneff.
El silencio, Eduardo Rod.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Nerto, Federico Mistral.
El lunar, Alfredo de Musset.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable?, W. Le Queux.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El reflujo, R. L. Stevenson.
Maria, Jorge Isaacs.

EN PRENSA

Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las Rocas Blaucas, Eduardo Rod.
Las dos vidas, Eduardo Marquina.
La puñalada, Marián Vayreda.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

78 Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Nuestras hermanas — ¿Culpable? — Su Majestad — El reflujo
MARIA